

nic wbrew Tradycji. Kosmowizja polityczna tradycjonalizmu karlistowskiego w Hiszpanii, Warszawa: Wydawnictwo von borowiecky, 2015.

Por el lado contrario, aparecen también trabajos de españoles sobre extranjeros vinculados al carlismo, destacando el estudio sobre los rusos blancos que sirvieron como requetés en la Guerra Civil Española escrito por Sagarra, Pablo y Barriuso, Jaime: *Por el Zar y por la Patria. Rusos blancos en la Guerra Civil Española*, Valladolid, Gallandbooks, 2019.

JOSÉ LUIS ORELLA

Roberto VILLA GARCÍA, **Alejandro Lerroux. La República Liberal**, Madrid: Gota a Gota, 2019, 287 p., ISBN 9788496729476

Me dijo una vez mi abuelo que antes de la guerra él “era de Lerroux”. Poco sabía yo entonces sobre aquel político, pero por las referencias que tenía me parecía un demagogo corrupto y oportunista. Después descubrí que no era extraño que un joven valenciano de tradición republicana blasquista como mi abuelo fuera, a nivel nacional, afín al Partido Republicano Radical. Pero sí me sorprendió que un hombre tan ponderado, liberal y pacifista tuviese a Lerroux como referente. Más tarde, pude darme cuenta de que la Historia no siempre es justa con sus protagonistas. Y los adversarios de Alejandro Lerroux no fueron pocos. Le aborrecían las izquierdas, especialmente las obreristas, y los nacionalistas catalanes. Sus propios seguidores, desdibujados al comenzar la Guerra Civil, poco pudieron hacer para defender su legado. Y las extremas derechas no olvidaron nunca su filiación republicana y masónica. Hemos tenido que esperar hasta 2019, nada menos que setenta años

después de su muerte, para disponer de una biografía de Lerroux completa y libre de los tradicionales prejuicios que este personaje suscita tanto en el imaginario colectivo como, a menudo también, en la historiografía.

Su autor, Roberto Villa, no es precisamente ajeno a los avatares políticos de principios de siglo XX. Su trabajo sobre el proceso de democratización en España, que comienza con la monarquía liberal y culmina con la Segunda República, es considerable. Precisamente de la quiebra de aquélla rescata la figura de un hombre que nadaba contra corriente, en una época donde predominaban los políticos tan seguros de sus ideas como de la negación de las del adversario. Es en ese contexto donde Villa reconoce la auténtica valía de Lerroux. Todo ello lo expone a partir del exhaustivo análisis de su trayectoria, basado tanto en la bibliografía existente como en numeroso material de archivo y documentación inédita del Partido Radical. El libro, pese a la

cantidad de pruebas e informaciones aportadas, es ameno y de fácil lectura. De modo que su contenido, pese a ser notablemente académico, llega de manera asequible a todos los públicos. Pero vayamos por partes.

Es esta una biografía que intenta explicar la evolución doctrinal del propio Lerroux, que le llevó de ser el líder revolucionario de la izquierda en los albores del siglo XX, a adherirse a la causa de Franco al comenzar la guerra. Incide Villa en que esta evolución no se entiende desde el oportunismo, sino desde la aclimatación al constitucionalismo primero, a la consolidación de un partido orientado a la conquista del poder después, y, por último, a la defensa de la libertad frente a la acracia y a los totalitarismos.

Para entender la progresión del personaje el autor se apoya en su personalidad, en su ideología y en el contexto político en el que vivió. Comienza Lerroux su andadura política como líder de las izquierdas antimonárquicas, con un proyecto a través del que procuró sacar a los republicanos de base de la apatía y “capitalizar las ansias de cambio que trajo el desastre de 1898”. Para ello buscó el apoyo de los obreros, pero siempre dentro de un programa interclasista que rechazó cada vez más explícitamente la oposición de clase contra clase que planteaba el socialismo y el anarquismo.

Otra de las banderas a las que se aferró Lerroux en aquellos primeros años fue la del anticlericalismo. Para Villa, las arengas de Lerroux en contra

de la Iglesia partían desde la posición dogmática del republicanismo cívico, y también como reclamo para competir con el anarquismo por las masas obreras de Barcelona. Para él, España debía imitar las restricciones a las órdenes religiosas de la República francesa, en lugar de tolerar su florecimiento al amparo de la libertad de asociación vigente en la Monarquía constitucional. Sin embargo, el viejo Lerroux, el Lerroux liberal, abandonó el anticlericalismo y en la Segunda República no dudó en defender el principio de una Iglesia libre en un Estado libre, una vez que se había proclamado la separación entre ambas esferas. No lo hizo como creyente, sino como alguien que tenía la convicción de que ningún poder había de coartar la libertad individual.

Característico de Lerroux fue su anticatalanismo. Villa rechaza de plano que este actuase como un “agente de ningún centralismo jacobino presto a boicotear toda plasmación política del *fet diferencial catalán*”. De hecho, admiraba las teorías federalistas de Pi y Margall, y fue un convencido autonomista. Temía, sin embargo, que el nacionalismo catalán destruyera la unidad del pueblo español como sujeto soberano, cuya completa autodeterminación identificaba con el régimen republicano. El hecho de que en su enfrentamiento con los partidos catalanistas no dudase en hacer causa común con políticos monárquicos sirvió a sus adversarios como coartada perfecta para retratarle de oportunista.

La trayectoria del político radical en la segunda parte de la Restauración explica su desplazamiento hacia posiciones liberales y moderadas. Hecho fundamental fueron los desórdenes de la Semana Trágica de 1909. La campaña internacional orquestada contra España desde el extranjero, unida a una huelga revolucionaria de carácter antibelicista y con motivo de las operaciones militares de Marruecos no gustó a un republicano que se caracterizó por su afinidad con el Ejército y su apasionada defensa de la acción española en África. Trazó entonces una línea muy clara entre los movimientos ácratas y los republicanos radicales. A partir de entonces, para Lerroux el Partido Radical no debía ser un instrumento para la subversión, sino que, al contrario, había de ser un “baluarte de las libertades, la paz, el orden y el trabajo”. Este es para Villa el momento en el que Lerroux se proyecta, no como un revolucionario de entretiempos, sino como un político gubernamental que comienza a encarnar, progresivamente, una República de orden. Pasó de esa manera a ser el republicano respetable que renunció conducirse por vías ilegales, tal y como demostró en 1917, y que combatió sin veladuras al separatismo.

La acción de Lerroux en la Segunda República es la que mayor atención y estudio ocupa a esta biografía. El convencimiento del viejo prócer republicano en la necesidad de integrar a la derecha monárquica en el régimen chocó pronto con la negativa

de los políticos de izquierda. Estos resolvieron que todo pensamiento y movimiento conservador era esencialmente antirrepublicano, en tanto que enemigo del ideal de progreso de la izquierda republicana y de las esencias contenidas en la Constitución de 1931. Por tanto, los partidos de derecha no podían ocupar legítimamente el poder. Este es el punto en el que Roberto Villa no duda en destacar la idea de la República del político radical, confrontándola con la estrechez de miras de sus aliados republicanos. Lerroux, que coincidía con estos en concebir el Estado como instrumento útil para corregir las injusticias sociales, rechazaba por el contrario que “la Gaceta fuera el motor del progreso y, ciertamente, se oponía a toda intervención que pusiera trabas a la iniciativa individual”. El liberalismo conciliador que Lerroux proponía, que se apoyaba en la experiencia adquirida durante más de treinta años de actividad política, consistía en aplicar gradualmente el programa republicano, sin traumas revolucionarios ni hostilizar a los conservadores. Pero no era este un planteamiento que consideraran ni los socialistas ni la izquierda republicana. Tanto que Lerroux pronto pasó a ser, a ojos de estos, poco menos que un traidor a la República.

La composición del primer parlamento, que no reflejaba la auténtica distribución de fuerzas, no ayudó al político radical en su propósito. Fue en estos primeros meses cuando se configuró un programa de máximos que dejó a la derecha al margen del

nuevo régimen. Fue sin duda un error mayúsculo que únicamente Lerroux, junto con Alcalá-Zamora, pareció advertir entre los republicanos. Los puentes entre Lerroux y sus antiguos aliados comenzaron a romperse a partir de ese momento. El ideal de la República de izquierdas personificada en Azaña era, según Villa, “incompatible con la orientación liberal y moderada ya afianzada de Lerroux”. Fue esta la defunción de la Alianza Republicana, nombre de la organización que les había unido. Lerroux, antiguo líder de la izquierda republicana, “asumía gustoso una serie de valores como la aceptación del adversario, la prevalencia de las libertades, la transigencia y la alternancia pactada, que eran rasgos del modelo originario de la Monarquía constitucional y que Azaña prefería arrumbar a beneficio de un proyecto que hacía del Estado el instrumento de imposición de unos españoles sobre otros”. Una vez liberado de todo compromiso con el gobierno de Azaña, Lerroux viró más a la derecha. Su propósito era doble; por un lado, integrar a las antiguas huestes monárquicas en el nuevo régimen, y por el otro, ocupar un espacio político huérfano, el del centro derecha. No le fue mal en lo segundo, ya que en las elecciones de 1933 fue el único partido republicano que no naufragó tras el tsunami de las derechas no republicanas. Villa atribuye el éxito electoral de los radicales a la capacidad de Lerroux de “organizar un partido verdaderamente nacional, capaz de replicar la hegemonía del PSOE”.

Villa desgrana todas las dificultades con las que tuvo que lidiar Lerroux una vez que llega a la Presidencia del Consejo de Ministros, desde el torpedeo constante de un Presidente de la República invasivo en sus funciones, que no aprobaba la presencia de la CEDA en el gobierno y que actuaba generalmente en busca del reforzamiento de su propio poder, a las amenazas cumplidas de socialistas, parte de los republicanos y los nacionalistas de romper el orden legal y acabar con su gobierno. La Revolución de octubre de 1934 marca, según Villa, un punto importante en la trayectoria de Lerroux. Este, con el fin de contrarrestar la insurrección, dejó de lado todo convencionalismo para establecer el orden por medio de la fuerza. Es más, llegó incluso a emplear a los militares, que sofocaron las revueltas en Asturias y Cataluña. Todo ello acabó por encasillarle definitivamente en el bloque conservador.

Sin duda, la bandera esgrimida por sus adversarios para desacreditar a Lerroux ante sus electores y, posteriormente, ante la Historia, ha sido el de la supuesta corrupción. Los escándalos que terminaron con su vida política fueron, tal y como los expone Villa, “affaires de calderilla”. El Estraperlo tuvo un contenido de corrupción sin embargo muy menor: materialmente apenas se atribuyeron tráfico de influencias y prevaricación en grado de tentativa a cargos de tercera del Partido Radical, aunque a Lerroux le dañó que uno de ellos fuera precisamente su hijo Aurelio.

Novedoso es que Villa destaque que Nombela no fuse siquiera un caso de corrupción, sino una verdadera estratagema de Alcalá-Zamora para deshacerse de su presidente del Gobierno. Sin embargo, han quedado en la memoria colectiva como la confirmación de la falta de integridad del Partido Radical en general, y de su líder en particular.

Termina el libro con una magistral síntesis del pensamiento de Lerroux: el “aprecio creciente por las libertades civiles y la tolerancia, del ‘vive y deja vivir’, que acabó anteponiendo a su primigenia pasión por la igualdad y la fraternidad, de innegables resonancias cristianas. Eso le llevó a considerar que el Estado ya no debía ser el instrumento de un partido para modelar a capricho la sociedad, que las revoluciones consolidaban menos que destruían, que los cambios deseables solo eran posible a

través de evoluciones lentas y seguras, y que las elecciones y el parlamento eran medios más útiles que el fusil y la barricada”. Por desgracia no pensaban así la mayoría de líderes republicanos de aquella época, aquellos con la conciencia mesiánica de campeones del bien, hombres puros que no transigieron ni negociaron, que no estaban siquiera dispuestos a considerar las razones de los contrarios y que estaban convencidos de que la inmaculada integridad de sus ideales justificaba cualquier imposición. Lerroux, por el contrario, quiso hacer de la Segunda República “el hogar político de todos los españoles”. No lo consiguió, aunque su legado siempre ha estado ahí y curiosamente serviría de precedente frustrado al consenso de 1978. El mérito de Roberto Villa es haberlo recuperado.

ALEJANDRO MARTÍNEZ RELANZÓN

Fernando DEL REY REGUILLO, **Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española**, Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2019, 656 p., ISBN 9788417747886

Retaguardia roja es el fruto de varias décadas de trabajo de Fernando del Rey (La Solana, 1960), catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid. Su trayectoria hasta la fecha está marcada por dos líneas de investigación diferenciadas. Su tesis *Organizaciones patronales y corporativismo en España (1914-1923)*, presentada en 1989, marca la primera, centrada en el papel

de los empresarios en la historia contemporánea de España, que dio lugar a *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992) y más recientemente a varias contribuciones en *Cien empresarios madrileños* (Madrid: LID Editorial, 2017). De esta etapa cabe destacar *El poder de los empresarios. Política e intereses económicos en la*